

## EL ESCRITOR Y SUS TEMAS

Escribe: E. MENDOZA VARELA

Ciertamente en los artículos que con “monótona frecuencia” aparecen, según Hernando Téllez, en los periódicos y suplementos literarios del país, nadie ha afirmado que los escritores colombianos, pertenecientes a la generación que hoy tiene entre cincuenta y sesenta años, no se han ocupado alguna vez de los temas nacionales. Ese pecado resulta más genérico y debe atribuirse a casi todos los escritores colombianos, desde algunos años para acá. Tampoco quiere decir esto, ni mucho menos, que algunos de ellos, con mayor o menor frecuencia, hayan tocado esporádicamente muchos temas propios, sin que ello implique una manera o suponga un estilo más o menos permanente. Téllez, por lo mismo —y esto sea dicho con perdón suyo— ha tomado el rábano por las hojas. Yo me cuento entre los afortunados y más asiduos lectores de Téllez, pues sus “Bagatelas” fueron una de mis lecturas habituales desde los bancos del colegio. Por aquellos días, yo luchaba en las aulas con la aritmética y la Historia de la Iglesia, cuando él, desde las columnas de “El Liberal”, aparecía como uno de los prosistas más logrados del país. Y, justamente, una de las cosas que ya paladeaba con más regusto en esa prosa, era su tinte nacionalista, aquella textura en la cual el juego del niño, el picapedrero de la esquina, el deportista o la colegiala eran, con todos los aditamentos literarios que se quiera, nuestro picapedrero, nuestra colegiala y nuestro deportista. Me gustaba saborear esas estampas que, de pronto, echaban una luz sobre la cosa más baladí, sobre aquellos cachivaches que para el hombre del montón pasan inadvertidos en el ademán cotidiano. Pero que, como nuestros, y a través de una buena prosa, se nos ponen delante, recién hechos y apenas nacidos del mundo recién nacido.

Esa cualidad que es nacionalismo literario, dígame lo que se quiera, que es deslinde puro, es también lo que queremos exigir alguna vez de nuestros escritores, sin que por ello caigan consuetudinariamente en lo cursi, o confundan los temas de fronteras adentro, con el folclor ramplón o las bambuquerías. El nacionalismo, como dice con toda razón Hernando Téllez, no es una fórmula para hacer buen arte. Pero nadie, me parece, ha hablado de tales cosas. Nuestra osadía, que no es excesiva, consiste en pedir a los escritores, a aquellos que ya lo son, que poseen a cabalidad

los instrumentos de su trabajo, un poco de piedad, menos desdén por las cosas de aquí, que en torno nuestro, reclaman nuestros comentarios y nuestra devoción cotidiana. Porque el olvido de los cosas nacionales resultaría menos impúdico —perdóneseme el adjetivo— que el desprecio, injusto y excesivo, que muchos escritores muestran por lo nuestro. Hay que bajar del sitial, para ver las cosas a un nivel justo. Es menester desmontarse de ese púlpito para auscultarlas de cerca, para entender sus problemas y desentrañar todo el interés que para nosotros tienen, como nuestras.

Me parece que ninguno de los comentaristas que, en una u otra forma, hemos tocado estos temas, ofrecemos síntomas de un chauvinismo repelente. Tampoco abogamos por la era del Gran Mulato. No merecemos, por lo mismo, ninguna reprimenda, ni menos aún el epíteto de “provincialismo literario” con que se nos devuelve la bola. Nadie quiere desconocer aquí, que debemos escribir sobre Virgilio o sobre Brecht, y todos lo hemos hecho en menor o mayor medida. Hay cifras universales, temas universales, que es menester amasar o impostar entre lo nuestro. Pero junto a esa tarea, en dosis progresivas, los temas colombianos ofrecen tantas facetas, tan vasta y urgente dimensión, que no es justo esquivarlos sin reato. Lo que el país es, lo que representa en este vuelco de la historia que ahora presenciamos, debe constituir obviamente una preocupación diaria de todos los colombianos, pero sobre todo de aquellos que poseen, con más destreza, los instrumentos propios de la faena literaria.

Esta insistencia en los temas colombianos, no es ofensiva para nadie, sino un mero llamado cordial. Y una voz de alerta si se me permite. En un libro suyo, “Literatura”, Téllez usa unos prismáticos al revés, que distorsionan, que reducen nuestra literatura, y su autor se duele, tácitamente, de que en estas alturas de los Andes, y a estas horas, no hayamos engendrado ni un Shakespeare de la montaña, ni un Proust que tenga su Cambray en Suba. El azar nos hizo nacer así y es menester revestirse con “recoletas virtudes”, como dice Javier Arango Ferrer, para investigar los valores absolutos de una literatura que no es totalmente un epígono de Europa. Porque yo no sé, ciertamente, qué podrá sobrevivir después de algunos años, de una, dos o tres generaciones, que se han ocupado de lo foráneo, con un olvido de sus propios trastos o, lo que es peor, volviendo la espalda desdeñosamente al pensamiento, al pulso, al respiro del país. Lo que aún supervive de los prosistas del siglo pasado es, curioso testimonio, aquello que se impregna, con más insistencia, de lo nuestro: Isaacs y Marroquín, Vergara o Cuervo.

La cultura que ya está codificada universalmente, nos viene por muchos canales, y por ellos absorbemos sus beneficios. Pero, señores, no es menester insistir demasiado sobre Vintila Horia o sobre el otoño parisiense, robándoles cámara, como suele decirse, a muchos de nuestros compatriotas que miran llegar la noche, desamparados, a la orilla de nuestros grandes ríos. Olvido injustificado, mientras los campesinos muertos ayer, hoy y mañana, en trochas y aldeas, son también un tema, provincial pero universal, para poetas y novelistas, para sociólogos, y aun para los más negados a las posibilidades, modestas pero hermosas también, de nuestra propia casa.